

Lámpara encendida sin ignición

Emma del Pilar Rojas Vergara¹

Resumen

El milagro de la vida está reflejado en la unidad que nace de la pluriformidad del ser, allí se enciende la centella única que ilumina la coexistencia permitiendo que emerja la fuerza del sentido, que en muchas ocasiones viene ahogado por el sin sentido que lo abordea. El presente artículo pretende situar la reflexión en torno al hombre y el quehacer de su vida en medio de un panorama obnubilado por la vertiginosa información y ocurrencia de los acontecimientos, lo que a su paso debilita la llama de la libertad que flamea en un mundo donde cada nuevo día se ve asfixiado por el consumismo, a costa del debilitamiento de la solidaridad y la fraternidad.

Sin embargo, en medio de la tentación de sumirse en el desespero, en un acto de resiliencia, se enciende la llama de la esperanza como una lámpara con ignición propia, que ilumina más allá de la razón y la sinrazón en pos de una existencia bienaventurada. Todo esto no se puede vivir ni entender, sino en medio de la relatividad y la incertidumbre como terreno apropiado para la conquista de la verdadera felicidad que sigue siendo una posibilidad humana en el cometido de ser y hacerse en el tiempo.

En tal caso, el desprendimiento de los paradigmas inamovibles que se alojan en la memoria, se constituye a la vez en riesgo y posibilidad de conquista de libertad en el espíritu, devuelve el sentido a la vida y a las cosas en la búsqueda heterodoxa del hombre. Este proceso de resignificación, propio de la capacidad humana para el reconocimiento de sí mismo y de los demás, se enciende desde la oscuridad profunda como la llama que incluso alumbrar los *no lugares* convirtiéndolos en oportunidad para reconstruir el sentido de lo que se es y de todo cuanto existe.

Palabras clave: esperanza, filosofía, libertad, reconocimiento, sentido, vida.

¹ Doctora en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Perteneciente al grupo de investigación *Lumen*, Universidad CESMAG. Áreas de interés: Ciencia y Humanidades. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3188-4411> Correo electrónico: eprojas@unicesmag.edu.co

Publicaciones recientes:

- Rojas, E. (2019). El logos. Arte de pensadores y poetas. En *Hombre y logos. Antropología y comunicación* (pp.343-354). Editorial Fragua.
- Rojas, E., Gaviria, L. y Paredes, L. (2020). El sentido de la vida como experiencia de esperanza. En *Transformar la vida. Reto de la educación en clave humanista* (pp. 54-86). Editorial Universidad CESMAG.



Lamp on without ignition

Abstract

The miracle of life is reflected in the unity that is born from the plurality of being, there the single spark lights up that illuminates the coexistence allowing the force of meaning to emerge, which on many occasions is drowned out by the nonsense that addresses it. This article aims to place the reflection on the man and the work of his life in the middle of a panorama clouded by the vertiginous information and occurrence of events, which in its wake weakens the flame of freedom that burns in a world where each new day is suffocated by consumerism, at the cost of the weakening of solidarity and fraternity.

However, in the midst of the temptation to plunge into despair, in an act of resilience, the flame of hope is lit like a lamp with its own ignition, which illuminates beyond reason and unreason in pursuit of a blessed existence . All this cannot be lived or understood, except in the midst of relativity and uncertainty as an appropriate ground for the conquest of true happiness that continues to be a human possibility in the task of being and becoming in time.

In this case, the detachment of the immovable paradigms that are housed in memory, constitutes both a risk and the possibility of conquering freedom in the spirit, it returns the meaning to life and things in the heterodox search of man. This process of resignification, typical of the human capacity to recognize oneself and others, is lit from the deep darkness like the flame that even lights up non-places, turning them into an opportunity to reconstruct the sense of what is and what is. everything that exists.

Keywords: hope, philosophy, freedom, recognition, meaning, life.

Introducción

Y no podrá este corazón ascender hasta la superficie de esta agua
que parece no tenerla, si no se ha encendido en él, por él,
dentro y fuera de él a un mismo tiempo, una centella única,
la que prende la luz indivisible que se hace en la oscuridad,
haciendo de este corazón algo así como su lámpara.

(Zambrano, 2007, pp.70- 71)

La vida como lámpara encendida en el concierto del universo, es esa centella única que se enciende en la oscuridad y tiene la posibilidad de brillar en medio de la sospecha y el sinsentido; nace como llama flameante de esperanza resiliente que se prolonga sin límites en medio de la relatividad y la incertidumbre. El sentido de libertad que le acompaña resulta ser el fruto maduro del riesgo y la aventura de agitarse entre los lugares y *no lugares* como escenarios para construir el sentido y fundamento de todo cuanto existe. El reconocimiento de sí mismo y el de los demás será lo que permite encender la llama que perseverará a través del tiempo como revelación de la madurez y libertad de la vida consciente.

Desafío del sinsentido

En las sociedades actuales con mucha facilidad se asiste a los estados de caos y de confusión generados por la premura y la velocidad vertiginosa de los acontecimientos, así como de las acciones, generados por la naturaleza humana; situación que provoca en la psiquis de las personas un estado de desequilibrio sistemático interior que involucra el ámbito personal y trasciende hacia las transformaciones sociales y culturales; es una especie de malestar generalizado que penetra todas las esferas humanas y afecta el normal desarrollo de la vida; en estas circunstancias, el mayor desafío al que está enfrentado el hombre actual, dice Aranda (2016):

[...] será lidiar con la indiferencia que ha traído la flexibilidad de la postmodernidad. Esta flexibilidad nos brinda hoy una libertad de expresión casi omnipotente, pero, al mismo tiempo, hace que nuestras palabras se pierdan en un mar de información y sean olvidadas rápidamente, al ser suplantadas por nuevas palabras y nueva información. (p. 16)

Ciertamente, ante tales circunstancias de incoherencia y contradicción, no es lo único que a la inteligencia humana, en todas las dimensiones de su ser, le incita a buscar y generar los cambios que se necesita para abordar esta complejidad de desafíos; también está presente una especie de asfixia individual y social que apoderándose despiadadamente del corazón del hombre lo convierte en un *objeto manipulable* o una *máquina repetidora* de acciones sutiles y triviales que poco a poco lo alejan de la responsabilidad individual y social, sumergiéndolo en un estado de sinsentido y vacío existencial, desde donde aún es posible que se encienda, dice Zambrano (2007), “[...] la luz indivisible que se hace en la oscuridad” (p. 71).

El hombre se ha acostumbrado a vivir y compartir en una cultura permeada por el ahogamiento y la asfixia consumista, el sistemático desequilibrio de poderes, la sobreabundancia de intereses materialistas y el excesivo individualismo que con su voracidad debilita el sentido de solidaridad y fraternidad. Tal estado vertiginoso de crisis que asienta sus raíces en un encallamiento en las orillas fangosas de una persistente cultura de indiferencia, falta de solidaridad y sentido común, resulta de un relajamiento de la conciencia en torno a la responsabilidad individual y social. Así lo explica Aranda (2016): "Si yo entiendo que todos los individuos de una sociedad son plenamente libres, también concibo que son plenamente responsables. Esta idea de *responsabilidad total individual* socava la *responsabilidad colectiva* de la sociedad" (p. 105) y, por lo tanto, deja una especie de vacío a la hora de asumir el compromiso y la instauración del bien común como referente de vida y relación en el ámbito vital y cultural.

Por otra parte, la sobrecarga de responsabilidad individual debilita la responsabilidad social generando un estado de irresponsabilidad, desequilibrio y poco compromiso comunitario en búsqueda de fraternidad, solidaridad y bien común; Aranda (2016) lo corrobora: "Cuando la *responsabilidad total individual* no está en equilibrio con la *responsabilidad colectiva*, sino que la primera se sobrepone a la segunda, surge la *cultura de la indiferencia*" (p. 106). La indiferencia surge del aumento de responsabilidad total cargada al individuo que a la postre desinteresa a la persona por el cuidado de su propio bien y el de los demás, al punto de caer en el desinterés colectivo.

Fácilmente por esta vía de la sistemática irresponsabilidad colectiva se entra en el sinpropósito de las organizaciones, las leyes, las cosas y finalmente de la vida, buscando cada día un facilismo exagerado que exime de compromisos y sacrificios, socavando el orden que lleva a fortalecer la confianza y la solidaridad. Tal estado de cosas reclama una mayor atención y búsqueda de una luz que, de alguna parte, ilumine el quehacer humano en función de rescatarlo de la vaciedad y el sinsentido que lo abruman.

Esa, la luz esperada, es también la luz de la razón y la sabiduría cotidiana, expresada en la forma de vivir y sentir todo lo que acontece; ella se encarga de proporcionar un nuevo giro a la comprensión de la realidad, constituyéndose en un destello de esperanza en medio de los sentires, las soledades profundas, los vacíos indescriptibles que angustian al hombre actual y que pueden llegar a ser superados con la fuerza de la palabra viviente que, a su vez, es la que permite comprender el sentido de la individualidad, la fragilidad y la fugacidad de la vida que se debate entre desafíos, contrastes, trivialidades y caos.

Vattimo et al. (2007), por su parte, describen como esta realidad caótica atrapa y debilita el sentido de todo cuanto existe: "En efecto, la búsqueda de la significación resulta tortuosa y contrapunteada por la insignificancia o el contrasentido. Es como si hoy en día el sentido se encontrara enterrado vivo en la fosa del sinsentido" (p. 76). Es tarea vital, frente a los desafíos constantes del sinsentido de las cosas, acudir a la sabiduría y al sentido común como recursos encargados de devolver el sentido

y significado de las cosas a través de la fuerza de la palabra, como ya se dijo, y también la razón con el fin de desterrar la trivialidad, la repetición y la vaciedad a la que se expone todos los días el hombre actual.

Por su parte, Zambrano (1986) expresa como en esa difícil tarea de redescubrir el sentido de las cosas y de la vida, hay siempre una palabra razonada que es lámpara encendida por sí misma:

Mas en los seres humanos que guardan esa su palabra no se la ve, pasa inadvertida, como suele serlo también para ellos, al menos como palabra, pues que ha llegado a asistirles como una lámpara que por sí sola se enciende o que está siempre encendida sin combustión. (p. 89)

Tal realidad excepcional del ser humano es lo que le permite reinterpretar, dar nuevo sentido a las cosas y buscar un nuevo mundo de posibilidades frente a la oscuridad abrumadora y de sombras persistentes que afligen a la humanidad, representadas en guerras y discordias, desequilibrios sociales, económicos, culturales e incluso espirituales.

Así entendida, la fuerza de la razón y la palabra sentida y razonada, terreno fértil para guardar la vitalidad creadora y transformadora, se convierte en esa lámpara cuya luz tiene autonomía, deseo inquebrantable de encontrar la verdad y de mantener encendido el anhelo de rescatar al hombre de su absurda soledad y vincularlo a la ruta del sentido y la realización, superando así el escabroso estado de sinsentido y trivialidad.

Reconocimiento de la esperanza

Es en el terreno del sinsentido y en los estados caóticos de la existencia donde se hace evidente el valor de la esperanza, allí aparece como la fuerza de la palabra que se enciende por sí sola; así lo refiere Marcel (2005):

La verdad es que solo puede haber esperanza donde interviene la tentación de desesperar; la esperanza es el acto por el cual esta tentación es activa o victoriosamente superada, sin que quizá esta victoria vaya acompañada necesariamente de un sentimiento de esfuerzo. (p. 48)

La esperanza en sí misma es resiliente, su pureza y transparencia fluye naturalmente en medio de los acantilados de la desesperanza, convirtiéndose en fuerza transformadora y revitalizadora, especialmente en el fondo de un mundo agobiado por el caos y el desencanto.

Además, el verdadero sentido de las cosas y de todo cuanto realiza el ser humano permanece latente en el fondo de la vida, desde allí brota como razón creadora, como impulso natural del espíritu que armoniza la vida y despierta el sentido de

crear y recrear. Pero ¿hacia dónde se dirige? ¿cuál es la ruta más indicada? ¿cuál es el bien máspreciado que este humano, en sus crisis y estado de desesperación, desea conservar? ¿qué anhela encontrar? ¿en dónde reside el sentido de las cosas? Aun más, Zambrano (1996) diría: “¿Y hacia dónde? Hacia siempre; no hay límite ni meta en el caminar. ¿Por qué el camino es infinito, o por qué no hay camino, sino un triste girar de canjilones en pozo arenoso? [...]” (p. 242).

Sin duda, compleja realidad la que tiene que enfrentar todos los días y en distintas circunstancias el ser humano, iluminado por la fuerza de la palabra y de la razón, la luz de la esperanza y la experiencia de encuentro con la intrincación de la vida; preguntarse por lo esencial, tarea nada fácil de cumplir, está encomendada a su inteligencia, prudencia y sabiduría que siempre están prestas a llenar de sentido todas las acciones humanas encaminadas a resolver los enigmas oscuros y emergentes que están escondidos en las profundidades de su propio ser y del ser de las cosas que lo rodean.

A este punto, se puede afirmar que esperanza y vida se mantienen profundamente unidas para dar respuesta a las preguntas que emergen del silencio, la soledad y el vacío de la existencia, en donde la fe mantiene firme la esperanza y la fortaleza la sostiene para no caer en la debilidad ni abortar el cometido de las metas vitales; esto muestra como la esperanza es una realidad que se mantiene más allá del mundo físico a pesar de estar siempre en contacto con él; ella se inserta en la esfera de lo espiritual en donde cada individuo debe aprender a reconocerla como la luz que le guía, así lo insinúa Marcel (2005):

En efecto, el alma se vuelve siempre a una luz que ella no ve todavía, hacia una luz que nacerá, con la esperanza de ser arrancada de su noche actual, noche de espera, noche que no puede prolongarse sin entregarla a todo lo que la arrastra, de algún modo orgánicamente, hacia la disolución (p. 43).

En todo caso, la esencia humana cuya naturaleza es la búsqueda incansable en el escenario cósmico, transita los caminos de la razón y la sin razón acercándose siempre a la verdad liberadora en un proceso de deconstrucción constante, en la forma que lo advierte también Marcel (2005), que es: “[...] una destrucción casi total del organismo” (p. 48), en aras de recrear una nueva visión de la realidad esperanzada.

A este propósito, Zambrano (1987) indica: “[...] saber que no podemos abandonarnos a la sin razón, ni tampoco a la razón, porque ni la una ni la otra son enteramente” (p. 13); pues, ellas se complementan en la medida en que su estado dinámico y dialéctico permite establecer nuevos horizontes de comprensión que conducen a un nuevo despertar.

Lo razonable y lo irracional son ingredientes fundamentales de ese despertar de la conciencia, mezclados ellos constituyen el potencial del conocimiento y la nueva posibilidad de darle sentido al orden natural de la vida; por lo que es el hombre inteligente, el sabio, el que ha aprendido a moverse en todo instante en medio de la relatividad humana y la oportunidad de aprender a esperar con sabiduría y prudencia,

el encargado de encauzar el orden de las cosas; lo que para Entralgo (1954) significa vivir un advenimiento de la existencia bienaventurada: "Esperar la felicidad, vivir unitaria y simultáneamente a la expectación y la reminiscencia metafísica de una existencia bienaventurada, es, según esto, una posibilidad siempre abierta al ser concreto y terreno del hombre" (p. 40).

Tal sentido de expectación, solo se vive en la medida en que se asume el caminar consciente de la vida y se asimila sus contrastes en una realidad revestida de triunfo y tragedia, alegría y dolor, luces y sombras. La esperanza en ese ir y venir de acontecimientos es la encargada de dejar las puertas abiertas a lo indeterminado, lo indefinido y todo lo que está por venir, como oportunidad para ajustar desde la agitada realidad humana, nuevas razones para vivir y proyectarse de camino hacia el futuro que continúa aún en la incertidumbre.

Entre relatividad e incertidumbre

Aprender a habitar en el corazón de la incertidumbre es quizá el mayor desafío de la vida, así como moverse en medio de la relatividad, aspirando y esperando una verdadera realización seguirá siendo el mayor sueño humano que lo motiva a crear, inventar, innovar y transformar, realidad que lo conduce a unirse a otros, encontrarse y aprender a timonear juntos tratando de mantenerse unidos y en búsqueda de un mismo objetivo en tanto se persiste en la búsqueda de la felicidad; esto es lo que para Entralgo (1954) se convierte: "En el desear la vida bienaventurada (que) late de manera entitativa, como un «poder ser», la real esperanza de esa vida" (p. 40). Esta aspiración de fondo, es la que mueve el espíritu humano en medio de la relatividad y la incertidumbre.

No cabe duda, como lo reconoce también Zambrano (2007): "El hombre es una criatura impar, cuyo ser verdadero está fiado al futuro, en vía de hacerse" (p. 124); su hacerse se debe fundamentalmente a la cultura y a la educación, al contexto familiar y social en donde se da la oportunidad de introyectar y practicar los valores que convienen al desarrollo de cada individuo en particular; esto hace que toda criatura humana tenga que afinar su propia realidad como ser en construcción y confección, pues nada está hecho, todo está por completarse.

El hombre está allí, puesto para sobrevivir en la bondad y adversidad del cosmos como un heterodoxo, consciente de su racionalidad e irracionalidad; él sabe que ese hábitat le proporciona todo; sin embargo está siempre urgido de seguridad, conocedor de que lleva dentro un hálito de eternidad que lo identifica como un ser espiritual, manifestación de su esencia de ser humano, no se desprende de la realidad que lo circunda y en la que no deja de sentirse un frágil transeúnte.

Tal situación de relatividad e incertidumbre lo conduce a pensar, como viviendo en la temporalidad es capaz también de disfrutar de la atemporalidad, la espiritualidad y la trascendencia, realidades que lo llevan cotidianamente a preguntarse,

tal como lo hace Entralgo (1954): "¿qué relación existe entre el tiempo cósmico, el tiempo humano y la eternidad?" (p. 41); este tipo de pregunta, formulada en el terreno de la relatividad y la incertidumbre, le recuerda su sentido originario de unidad y fugacidad en el concierto del universo.

Así mismo, es alucinante y sospechoso el ferviente deseo de vivir que le asiste; sin embargo, se encuentra sobresaltado, compungido por la realidad de la muerte que lo acecha; jamás lo abandona esta realidad incómoda en el arco de la cotidianidad, ella está allí, aunque asfixiándolo muchas veces. Él sabe y es consciente de que es un ser hecho para morir, es más, desde su nacimiento no deja de morir, a pesar de todo tiene la esperanza de ir más allá de sus propios límites, de trascender, de no quedarse en la historia ni en la temporalidad, realidad que lo pone en tensión y alimenta el deseo de permanecer en el tiempo, anclarse en la memoria y asegurarse de la eternidad así no sea en esta dimensión pasajera y efímera. Estas realidades que lo acompañan, angustian, hieren, paralizan e inquietan existencialmente, son las que lo empujan a asegurarse en su hábitat, en su realidad y en su ser en medio de la relatividad y la incertidumbre que lo acompañan desde su origen; su deseo en el espíritu consiste en no quedar capturado en los mínimos de su propia materialidad e historicidad, testigos de su paso efímero por el cosmos.

Perplejidad y desprendimiento del hilo de la memoria

Ahora, uno de los aspectos de tener en cuenta en la relación entre esperanza y memoria es el vínculo que guardan entre sí, así que sea oportuno atender a Entralgo (1954) quien ayuda a comprender mejor la unión entre esperanza y memoria al estilo de San Juan de la Cruz:

La conclusión es patente: tanto más perfecta será la unión con Dios en esperanza, cuanto más se desposea el alma de lo que ya tenía; esto es cuanto más se vacíe su memoria de todo lo que en ella hubiere. (p. 52)

Así pues, entre mayor sea la experiencia de libertad, mayor será también la posibilidad de encontrar sentido a la acción del espíritu encargado de elevar la dignidad humana elevándola hasta alcanzar las más altas cumbres de la existencia, proporcionándole el disfrute de la gloria y la anhelada felicidad. No obstante, sea necesario contar con lo que acontece en los lugares y no lugares como escenarios y espacios históricos que, según Augé (2000):

En la situación de supermodernidad, una parte de ese exterior está constituida por no lugares, y una parte de los no lugares ofrece la posibilidad de una experiencia sin verdadero precedente histórico de individualidad solitaria y de mediación no humana (basta un cartel o una pantalla) entre individuo y los poderes públicos. (p. 120)

Ahora bien, lo que hace falta en esta aprehensión sistemática de la esencia del ser, en este deseo de conocimiento y realización humana definitivamente es abrirse a nuevos horizontes que permitan, inclusive, comprender la impermanencia de los no lugares como nodos de fluidez y devenir constante de perplejidad y asombro; al respecto Zambrano (2000) explica: "La perplejidad se produce cuando el conocimiento es tal que deja margen al riesgo, cuando al elegir tenemos que arriesgarnos" (p. 94), situación que pone al frente de la fragilidad, imperfección e incompletud, realidades inherentes a la vida humana y el mundo.

Sin embargo, no se debe olvidar que los faltantes son oportunidades siempre y cuando se conviertan en motivaciones para la conquista de nuevas rutas frente a los estados de incertidumbre, entendiéndose que la realidad de la vida jamás se hace visible y revela toda entera a los ojos de la inteligencia humana; pues, también lo que permanece oculto o los *no lugares* de la existencia tienen una palabra, necesaria y oportuna en la búsqueda de la verdad y de la revelación del ser; pues, los *no lugares*, dice Augé (2000), atraen. "Lo significativo en la experiencia del no lugar es su fuerza de atracción, inversamente proporcional a la atracción territorial, a la gravitación del lugar y de la tradición" (p. 121).

Por tal razón, hablar del hombre de hoy como un ser que se mueve entre lo visible e invisible de la realidad, los lugares y *no lugares*, indica que el ser humano es, como lo dice Zambrano (2000): "[...] una criatura que tiene un ancho campo para elegir hasta cierto punto una situación privilegiada" (Zambrano, 2000, p. 94); situación que exige a la vez, mantener el asombro y la capacidad de discernir acerca de los vínculos con la realidad sin debilitar la capacidad de interrogarse, ilusionarse y hasta de olvidar el confort y la comodidad.

En ese sentido, la experiencia de vivir en los *no lugares*, que de por sí son menos estables, significa hacer parte de una realidad cambiante y presente en la vida del ser humano. Al respecto Augé (2000) afirma:

En sus modalidades más limitadas, al igual que en sus expresiones más exuberantes, la experiencia del no lugar (indisociable de una percepción más o menos clara de la aceleración de la historia y del achicamiento del planeta) es hoy un componente esencial de toda existencia social. (p. 122)

Quizá sea oportuno Heidegger (2002), al señalar la serenidad como el espacio privilegiado para pensar, es decir, para conservar la perplejidad y la libertad como realidades inherentes al hombre, "[...] ayude a comprender mejor este acaecer de la incertidumbre, en cuanto permita para con las cosas y la apertura al misterio, encontrar un camino que conduzca a un nuevo suelo y por lo tanto a un nuevo fundamento" (p. 31). Tal experiencia de pensar y buscar nuevos fundamentos en el arte de vivir, solo es posible para la inteligencia humana en la vivencia del límite y el desafío del riesgo que conduce más allá de los paradigmas establecidos.

Reconocimiento de sí mismo como principio de madurez y libertad

El reconocimiento de sí mismo implica la valoración, el cuidado de uno mismo y a la vez la capacidad de cuidar de los otros; este reconocimiento de sí mismo supone el conocimiento y la preparación de un modo y estilo de vida, es decir, de un horizonte propio que implica el reconocimiento de la unidad de la vida como lugar en donde acontece la experiencia vital y su perplejidad experiencial sobre sí misma. En Zambrano (1987) estas dos realidades, visión y vida, están íntimamente unidas, al punto que no hay diferencia.

[...] en lo humano la visión engendra la vida. [...] La vida humana necesita ver para ser vida. «Vivir para ver» y ver para vivir. La visión libera a la vida, mas la visión de sí mismo trae el grado supremo de la libertad. (p. 38b)

Mayor será la libertad si el conocimiento y el cuidado de sí mismo tienen un puesto importante en la vida de la persona, al punto de constituirse en principio de madurez y desarrollo humano.

En ese sentido, la relación hombre - conocimiento juega un papel importante en el desenvolvimiento de la vida de cada individuo, por cuanto el compartir y confrontar ayudan al crecimiento y la toma de conciencia del sentido humano que acompaña a toda creatura inteligente. Augé (2000), considera:

Justamente porque toda antropología es antropología de la antropología de otros, en otros términos, que el lugar, el lugar antropológico, es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa. (p. 58)

Si solo el hombre es capaz de sentir perplejidad, es porque se descubre capaz de reconocer y valorar sus potencialidades y la fuerza transformadora que nace desde su interioridad, en donde reside también el deseo de ser libre que se materializa a través de los actos que voluntariamente realiza; de allí que la perplejidad nace en quien guarda la transparencia y la libertad en el alma por cuanto es capaz de ir más allá de sí mismo, incluso hasta las fronteras de lo indeterminado.

Zambrano (1986), en perspectiva de esa búsqueda, advierte: “Y todavía más, en los escasos claros de la historia, el pensar filosófico y el poético han creído que tenían que aventurarse a dar forma -determinación- a lo que se agita en lo indeterminado” (p. 115), y de esa manera reconstruir, para lanzar una vez más al ser, para que pueda revelarse en el inmenso caudal de la vida, en donde visión, pensamiento y vida logren establecerse de una vez como verdadero reconocimiento de sí mismo y del camino de la vida del que Zambrano (1989) expresa:

Y, en su virtud, serán los caminos por antonomasia, los arquetípicos: aquel que se ha deslizado subrepticamente bajo ideal identidad, el trazado por el designio sinuoso, por las intenciones siempre curvilíneas de la vida elemental; y el

camino recto que la inteligencia traza en obediencia a una voluntad declarada, impronta de una finalidad a conseguir por el camino más corto. (p. 29)

En todo caso, transitar por el complejo camino de la vida de forma consciente y cuidadosa de sí mismo, es la forma habitual del transitar humano, en donde inteligencia y sabiduría se unen para descifrar las esperanzas, los sueños, las ilusiones y fatigas en el seno de un cosmos excepcional y único en donde es posible reconocer la expresión de la voluntad consciente e inteligente que ha aprendido a esperar, a vivir y a sentir que todo lo que le acompaña en su entorno está hecho para alcanzar la madurez y la libertad, fruto de una autonomía esperada y trabajada en el espacio y en el tiempo.

Tal grado de autonomía alcanzada por el hombre se ve enfrentada a unos *lugares* habituales y otros que son transitorios; los primeros dan fortaleza y constitución a la identidad; sin embargo hay otros denominados *no lugares* que por el estado de transitoriedad pueden sembrar incertidumbre y fragilidad. Augé (2000) así lo señala: "Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar" (p. 83). Hoy, las personas se van acostumbrando a habitar también esos *no lugares* pues ellos, dice Augé (2000), no existen:

[...] nunca bajo una forma pura; allí los lugares se recomponen, las relaciones se reconstruyen: las "astucias milenarias" de la invención de lo cotidiano y de las "artes del hacer" de las que Michel de Certeau ha propuesto análisis tan sutiles, pueden abrirse allí un camino y desplegar sus estrategias. (p. 84)

En esos *no lugares* a pesar de la volatilidad, la transitoriedad y la incertidumbre que los caracteriza no deja de ser posible la esperanza, pues ella está profundamente unida a la vida, se encarga de reorientarla con su fuerza resiliente en pos de la consolidación y la madurez deseada en medio de las desarmonías y heterodoxias que le caracterizan.

Conclusión

La dignidad humana subsiste en sí misma a través del tiempo como una realidad particular que eleva misteriosamente al hombre en todo su ser; se enciende dentro de él como una fuerza indivisible e indestructible que lo muestra ante el cosmos tal y como es. Este hombre así concebido es el que busca y encuentra sentido a todo lo que realiza, aún en medio de la abundancia de sinsentidos y desafíos a sus propias ilusiones y sueños.

La experiencia de libertad es única, siempre está en riesgo y amenazada cada vez que el hombre se ve enfrentado y confrontado con una realidad que le ahoga y lo asfixia cuando emergen las mejores y mayores aspiraciones de su ser; él siente que por dentro se debilita, que sus vínculos de solidaridad y fraternidad flaquean

ante la arrogancia y la esterilidad del consumismo; sin embargo, no se queda allí anonadado y vacío en el corazón de los *no lugares*; recurre una y otra vez, en actitud resiliente, al rescate del sentido de esperanza que lo embarga.

Su estar en los lugares y en los *no lugares*, jamás apaga la chispa de la esperanza que habita en él, al contrario, la relatividad e incertidumbre de los mismos le recuerdan que tiene la posibilidad de mantener encendida la esperanza de vida; esto significa entender que el ser humano siempre está abierto a la posibilidad de hacerse, reconstruirse paso a paso, rompiendo los paradigmas establecidos, las sombras siniestras de la ignorancia que frecuentemente intentan aniquilar y obnubilar el alma.

Referencias

- Aranda, A (2016). *Desafíos del hombre contemporáneo*. Nueva Visión Editorial.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. (M. Mizraji, Trad.). Editorial Gedisa, S. A. (Obra original publicada en 1992).
- Entralgo, P. (1954). *La memoria y la esperanza*. San Agustín, San Juan de la Cruz, Antonio Machado, Miguel de Unamuno. Real Academia Española.
- Heidegger, M. (2002). *Serenidad*. (I. Zimmermann, Trad.). Ediciones del Serbal.
- Marcel, G. (2005). *Homo Viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*. Ediciones Sígueme.
- Vattimo, G., Ortíz, A. y Zabala, S. (2007). *El sentido de la existencia. Postmodernidad y nihilismo*. Publicaciones de la Universidad de Deusto.
- Zambrano, M. (1986). *Claros del bosque*. (M. Gómez Blesa, Ed.). Editorial Seix Barral.
- Zambrano, M. (1987). *El pensamiento vivo de Séneca*. Ediciones Cátedra, S. A.
- Zambrano, M. (1989). *Notas de un método*. Mondadori España, S. A.
- Zambrano, M. (1996). *Horizonte del liberalismo*. (J. Moreno Sanz, Ed.). Ediciones Morata, S. L.
- Zambrano, M. (2000). *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza Editorial S. A.
- Zambrano, M. (2007). *Filosofía y Educación (Manuscritos)*. (Á. Casado y J. Sánchez-Gey, Eds.). Editorial Ágora.